

ANEXO DE FUENTES

Liga Americana de Mujeres por la Paz

Conferencia de la señora Gabriela de Laperrière de Coni

(Dada en la sala de "Operai italiani" el 22 de abril de 1901)

Señoras, señores: el 8 de enero del presente año dí en Santiago de Chile una conferencia intitulada: *Ofrenda de las mujeres al siglo XX*. Hablaba entonces en público por primera vez en mi vida y leía, como hoy, en un idioma que no es el mío, una conferencia que había escrito en francés.

Es evidente que siendo mujer la que se atreve a afrontar tan desventajosas condiciones, debe sentirse impulsada por poderoso móvil. En efecto, señoras, el secreto de mi decisión está encerrado en dos palabras: *entusiasmo* y *amor*.

He recibido la debida recompensa en Santiago, con la creación de una *Liga americana de mujeres para la paz y el progreso*. Alentada por tan magno resultado, espero de vosotras, señoras, idéntico premio a mis esfuerzos.

En París, esa ciudad en que basta que una iniciativa sea generosa para que parezca natural, he escuchado conferencistas que me encantaban por su sencillez y convicción. No solamente sus palabras me conmovían más que las de los hombres, sino también las comprendía mejor!

Es que hay temas que acrecientan su interés al ser tratados por mujer, no por lo novedoso del asunto, sino porque nos atañen tan directamente, que un hombre, con mucho más talento, no podría, a mi juicio, dilucidar tan bien como nosotras. Faltaríale la apreciación exacta para hablar de sentimientos peculiares a la mujer y que no ha experimentado.

Me dirijo, pues, a vosotras, señoras, confiando ingenuamente en llegar a vuestro corazón por medio de mi sinceridad, convencida de no exponer nada que os extrañe. Al contrario, creo expresar simplemente, de viva voz, pensamientos que a menudo habrán cruzado por vuestra mente y que vuestros labios han callado.

No obstante, debo desde luego fijar un punto del cual deriva mi derecho para hablar de una *Liga americana de mujeres para la paz y el progreso*. Argentinas y extranjeras, esposas y madres como yo, de argentinos, tenemos todas el mismo interés, el mismo amor que proteger. Por esto debemos unirnos para defenderlos, sirviendo al mismo tiempo grandioso ideal, digno de las aspiraciones femeninas. Si desgraciadas circunstancias acarrearán mañana una guerra, tendríamos todas que pagar el mismo tributo; tributo que no se paga en oro, sino en esa otra moneda mucho más preciada, acuñada a semejanza propia, durante el lento trabajo de nuestras entrañas, moneda muy querida, cautelosamente guardada, pues nos ha costado mucho y nos costará aún mucho, hasta que la muerte cierre nuestros ojos. Es en nombre de ella, señoras, que os pido indulgencia, al principiar mi conferencia.

Hace poco tiempo que ciertas ideas de unión y solidaridad germinan en las clases cultas como en la masa laboriosa del pueblo. Sin embargo, es bien ajeno el aforismo: la unión hace la fuerza. Sin duda los hombres no han querido ser fuertes, pues recién recurren a dicha unión...

En cuanto a las mujeres... proverbial era su desunión. Ella consiste, principalmente, en las rivalidades de las grandes señoras, en los chismes de salón de las ociosas. Las demás mujeres: las ricas que consagran su tiempo a los hospitales, a los desgraciados; aquellas que por su modesta fortuna están obligadas a dirigir el interior de sus hogares; en fin, las mujeres del pueblo, cuyas noches y días no bastan a sus tareas, éstas no disponen de tiempo y no concurren a esa desunión.

No tan sólo no piensan en ella, sino que, por el contrario, han comprendido lo que les exigía el propio interés: estar unidas. De ahí nació el feminismo. Surgieron entonces sociedades para contrarrestar injusticia de la suerte de la mujer y reclamar para ella iguales derechos que el hombre.

No trataré de esta cuestión, señoras. Si he pronunciado la palabra feminismo, mágica palabra para nosotras, después de la cual nos

sentimos más personales, menos pasivas, es simplemente para mostraros lo que puede la unión y una incansable propaganda, animada de viva fe, desechada, sin embargo, en su principio por la burla, por artículos cáusticos de diarios escritos por las más aceradas plumas.

No debemos olvidar que muchas obras del feminismo son hoy día otras tantas victorias.

Antes de la apertura de la última Exposición Universal de París, cuando las obras estaban en su mayor actividad, tuve ocasión de visitarlas y fuéme dado contemplar hermoso espectáculo, por cierto. Los obreros de diferentes razas y nacionalidades, juntos trabajaban en esa magna labor del progreso universal. Escuchélos balbucear, cuál chicos, palabras extrañas para ellos, esforzándose por hacerse comprender, lograr su intento no sin trabajo, concluir en fin por reír felices, y satisfechos tenderse la mano y marcharse juntos del brazo.

Al lado del albornoz del árabe, veíase la túnica del chino, el ruso hablaba italiano y el alemán entonces dirigía quizás al francés la frase de Severina, la valerosa escritora francesa: “¿Dime, en fin, por qué nos hemos batido en 1870?”

Y ambos buscaban la razón, sin encontrarla!

De la mezquita a la pagoda, del palacio de las grandes naciones a los más pequeños edificios, los obreros llamábanse entre sí, saludábanse unos a moda de otros, invitábanse recíprocamente a saborear su cerveza, su kékír ó su vino.

Convencida estoy que esa buena gente habrá sufrido el día de la separación.

Este espectáculo fraternal y cosmopolita, es inolvidable para mí. Ha dejado en mi espíritu una impresión conmovedora, y profunda, origen de la fe que me anima y enternecida todavía, me complazco en recordáosla!

Fue entonces que ideas llamadas sublimes, porque la crueldad de muchos tórnalas extraordinarias, ideas, empero, lógicas y sencillas, hicieron camino.

Cuando se constituyó la “Liga internacional de mujeres para la paz” muchas estaban ya preparadas para comprenderla y ayudarla.

Aquellas que hánse sentido animadas para sobreponerse a las preocupaciones materiales diarias, las que aprecian la bondad, la caridad, la simpatía mutua, las que tiene horror a las revoluciones sangrientas

y a las guerras, hánse convertido en prosélites y apóstoles. Con propios ojos han visto que *la fraternidad no es palabra vana, la paz una utopía y que los pueblos se aman o desean amarse.*

Es tan exacta y verdadera esta afirmación, que a cada instante la encontramos comprobada. El diario Parísense “Le Matín” refería el hecho siguiente:

“Los franceses y alemanes que han combatido al lado unos de otros, durante la actual guerra de Transvaal, se han apreciado entre sí con tal espontaneidad, que llegaron a formar un solo grupo, estrechándose duraderas amistades.”

“En la noche del 14 de julio, en la isla Santa Elena, los franceses prisioneros en la guerra de Transvaal comían en su mesa, pues las autoridades inglesas, por medida de prudencia los habían acampado por nacionalidades. Brindaban los desterrados por la patria ausente, cuando vieron llegar hacia ellos numeroso grupo lanzando entusiastas hurrahs: eran los alemanes, que con su coronel a la cabeza, acudían a asociarse a los franceses, para celebrar su fiesta patria.”

“Levantáronse éstos conmovidos y los alemanes entonaron entonces La Marsellesa, cantándola todos en coro. Abrazáronse después, reinando una emoción indescriptible...”

Creo, señoras y señores, que los testigos de tan consoladoras escenas no las olvidarán jamás y que si la guerra los pusiese frente a frente, el fusil les parecería más pesado a sus hombros y el sable temblaría en sus manos.

En el mes de agosto del año pasado, reuníanse en París, en el salón de fiestas del palacio del Luxemburgo, tres a cuatro mil miembros del Congreso de Medicina, acompañados de sus familias. Era tal la concurrencia, que apenas era posible moverse. De pronto estrecháronse más las filas y pude apercibir entonces a un anciano encorvado, de aire modesto, apoyándose del brazo de una joven. A su presencia abríase espontáneamente amplia senda, en tanto que a su paso inclinábanse reverentes ante este anciano y su Egira. Tan profundamente respetuoso era el saludo, tan religioso el silencio que sucedía al bullicio que en el primer momento creí tratárase de algún regio visitante, venido de incognito, pero no tardé en oír un murmullo corriendo de boca en boca: “Es Wirchow, el sabio alemán!”

Momentos después descendían la monumental escalera, destacando su casco sugestivo y su vistosa silueta sobre el rojo tapiz, los cirujanos militares alemanes, dirigiéndose al salón de baile. Desde hace treinta años, quizás este uniforme, atraído por la horrible guerra y la

arrogancia de la victoria, no había vuelto a cruzar por la fastuosa escalera. Y ahora, los hijos de los vencedores, los dueños de la Alsacia y Lorena, iban a bailar a los acordes de la música francesa!...

¿Entonces, no son ya los “enemigos hereditarios”?

Oh!, sacro poder de la ciencia, tolerante generosidad del intelecto, admirable indulgencia humana, con cuánta complacencia el espíritu os admira!...

Otros ejemplos más recientes y más inmediatos os convencerán, señoras, sirviendo de apoyo a mi afirmación.

Argentinos, ¿cómo habéis acogido a los brasileños? Cómo os han acogido los chilenos a vosotros, periodistas y médicos argentinos?

Ah, si para conquistar la libertad, el siglo XVIII concluyó anegado de sangre, con la toma de la Bastilla, el siglo XX ansiando la fraternidad, entonces prometida, quiere iniciar la era de amor. Los pueblos visitanse unos a otros, convidándose a principescos ágapes, cual en otros tiempos las ofrecían los reyes, estúdiense entonces recíprocamente, se estiman y luego se aman, sorprendidos de haber ignorado durante tanto tiempo lo que eran y lo que valían. Y la indulgencia, la caridad, iluminan el camino antes oscuro, señalando la meta.

Ahora, señoras, que nos es permitido por fin desarrollar prácticamente las dotes intelectuales que poseemos, ahora que se nos reconoce aptas para disputar nuestro lugar al hombre en la lucha por la vida y defender la justicia ante los tribunales ¿por qué no lanzaríamos, guiadas por esta instinto que nos da un derecho, el grito que reprimimos, la idea que a fuerza de callarla nos roe en nuestras vigiliass, enrojece nuestros ojos y nos consume a nosotras, madres: “*Abajo la guerra!!*”

Cuántas de vosotras, ayer nomás, admirando vuestros hijos, robustos y fuertes, vestidos quizás de militares, ¿no habréis temblado? ¿No se apodera de vosotras el miedo cuando un artículo de diario, un telegrama, anuncia un hecho susceptible de alterar la tranquilidad de los pueblos haciendo brotar la sangrienta chispa?

¡Ah! Que nos dejen nuestros hijos!

Los hemos cuidado tanto desde la cuna, dolorosamente inquietas cuando la fiebre hacía brillar sus ojos, cuando la tos desgarraba su garganta, cuando era menester velar noches enteras; y qué noches interminables! Cada día de su vida, durante su primera infancia, ha sido señalada por una angustia, por pasajera que fuera. Su primera palabra nos ha llenado de emoción y de inefable dicha.

Y esa carne suave y fina, esos bebés rosados, hijos de pobres o de ricos, que hemos arropado con lo mejor que poseemos, esos niños,

alegría y tormento de nuestra existencia, ¿para qué los hemos cuidado y amado?

La cruel respuesta escapa de nuestros labios:

Para hacerlos soldados y los soldados sirven para la guerra!!...

Parece que todo concurriera a este algo inevitable; que todo lo preparara: amor, odio, rencor, pobreza, riqueza. Hasta la fecundidad misma toma parte: las mujeres tiene sin número de hijos. Habrá, pues, esposos y madres, para reemplazar a los que se marchen.

Cuando se complete un total, lanzaránse a la matanza estos hijos, que en países antagónicos abrigaban quizás iguales ideas de altruismo y bondad, idénticos deseos de paz y amor.